



CAPÍTULO VII

De cómo se caminaba en aquel tiempo,
y de cómo me metí en política sin quererlo ni saberlo



El espolique se llamaba Leonardo Pérez, y era un mozo arrestado, valiente y de buen humor como he visto pocos. Con las calzoneras de *tapa-balazo*, el pañuelo rojo atado á la cabeza, la pechera de cuero de variadas labores, cubriéndole desde el cogote hasta el ombligo; montado en una silla de cabeza y *teja* chiquitinas y cubierto con las inevitables *armas de agua*, parecía no pesar una onza en los lomos del *cuaco* rosillo que manejaba.

A nadie he visto de mejor talante, más espontáneamente malicioso que aquel villano, al que daban aspecto de truhán de comedia vieja las grandes mechas color de estopa que le llegaban hasta el cuello, y los ojuelos

verdes, maliciosos y burlescos que solía guiñar cuando aclaraba todas las situaciones, resolvía todos los conflictos y salía airoso de todas las dificultades.

Cuando mi padre le recomendó mucho cuidado para no caer en manos de cualquiera de tantas partidas como hormigueaban, se limitó á decir:

— Oh, qué *l'amo*, pos si á mí *minteresa* más qui á *naiden* salir bien. ¿No ve que si me quitan los caballos me *infelizan*?

Y en efecto, apenas mirábamos dos ó tres cuerudos, á campo traviesa, por entre milpas y sembrados, nos escabullíamos metiéndonos por entre veredas que me parecía no llevaban á ninguna parte.

Hacíamos noche en ranchejos donde no encontrábamos ya no digamos holandas y martas cibelinas; pero ni siquiera los elementos que podían hallarse en los ventorrillos del tiempo.

Tres veces nos acostamos sin cenar; dormíamos en los sudaderos de los caballos, con las sillas por cabecera, teniendo cerca las pistolas y los sables para prevenir cualquier accidente. Cuántas caras patibularias vimos entonces, cuántos tipos malencarados que no se recataban de decir que iban á la *promuncia*, á la *bola* ó á *ver qué Dios daba*.

Una mañana, cuando todavía la salida del sol tardaba mucho, ensillamos los caballos y por mano propia abrimos

la puerta del mesoncillo de *Paredones*. Como desde la noche habíamos dejado arregladas nuestras cuentas con el *güéspere*, nadie se opuso á que sacáramos las bestias. Dormían profunda y ruidosamente, recostados en aparejos y mantas, los arrieros que esperaban el alba para moverse de nuevo. Se moría la lumbre del fogón en que habían *jatiado* unos dueños de mulas; ladraba un perro que recibía inmediata contestación de otros cien. Como la luna brillaba en todo su esplendor, pude ver á unos que parecían dormir cerca y que alzaron la cabeza cuando nosotros, ya montados, hicimos resonar las guijas del zaguán con las herraduras de nuestros pencos.

Atravesamos las callejas desiertas, que tenían aquí un letrero deslavado — *A la pasadita* — y luego una mano con guante que ofrecía un cáliz enorme — *Al culto de Baco y tolerancia de genios*, y como muestra y explicación de título tan largo, un viejo desnudo trepado en un tonel; — allá una casuca con fuertes rejas, en el otro lado un enorme montón de estiércol.

Bajamos un arroyo de pedrezuelas sueltas que rodaban hasta el fondo con ruido especial, trepamos una cuestecilla y luego nos topamos con algunos pinos raquíuticos y miserables; avanzamos más y concluimos por internarnos en un monte en que apenas había sitio para los caballos y nosotros.

Un ruido imponente, como de torrente desbordado, me

atemorizó por un rato; pero mi guía logró tranquilizarme: era el rumor de los árboles que se agitaban con el viento



que precede á la as-
lida del sol. Se res-
piraba el aire á ple-
nos pulmones, pare-
cía que el pecho se ensan-
chaba para dejar penetrar
aquel soplo de naturaleza
opulenta y majestuosa que se nos
entraba en ráfagas de vida.

A lo lejos distinguíamos, como
brasas que ardían en la obscuri-
dad, enormes montículos en que
se quemaba el carbón, y veíamos
discurrir entre los árboles, como
aparición de cuento de hadas, á
unos hombrecillos negros que gritaban para dominar la
fuerza del aire y hacerse entender unos de otros.

Soltamos la rienda á las bestias, encantados ante aquel
repose de la naturaleza, que no sabía si existían en el
mundo amantes melancólicos ni hombres dispuestos á

cascarse las liendres por si debía ser este ó el otro quien
mandara. Leonardo empezó una de esas canciones popu-
lares de tono plañidero y letra picaresca, que son la espe-
cialidad de nuestros campesinos, mientras yo volvía á mis
tristes imaginaciones:

«No le vayasté á matar
Echándole un ratón muerto;
Yo á él le quiero y lo quedré,
Será mi gusto y por eso.
Me de comer el durazno
Desde la cáscara al güeso...

Mientras tanto yo, romántico empedernido, pensaba
que en aquel monte, entre aquellos pobres carboneros, se
podía levantar una cabaña indiana en donde vivieran dos
amantes queriéndose hasta la muerte.

Aquí llegábamos los dos, cuando de entre unos árboles
salieron un «¡alto ay! ¿Quién vive?» y un tiro de arma de
fuego, y vimos brillar á la luz del sol naciente media do-
cena de cañones de mosquete.

Primero me quedé sin movimiento; pero pronto me
rehice y eché mano á la pistola, dispuesto, como decían
mis novelas favoritas, á vender cara mi vida. Mas Leo-
nardo detuvo con un gesto mis bazarías, y sombrero en
mano se adelantó hasta donde estaba el jefe de los asal-

tantes, y le oí decir: *La religión...* — *Paisano, señor, paisano...* — Yo soy mozo de la casa de señor don Andrés Pérez, de Tlaxochimaco, y este niño es el Padre don Juan, hijo de señor don Andrés... Sí, señor, todavía no le abren corona, pero ya está ordenado de epístola... Este año, en la función de mi padre Jesús, cantó en el púlpito del santuario, por cierto que tiene una voz tan linda que se oía hasta la plaza... Ahora va á acabarse de ordenar, y el mes que entra canta su primera misa... Yo no sé, pero dicen que va á ser familiar del señor Obispo.

— Sigán su camino, dijo el capitanejo, y llévense por señas este paño por si les caen gentes de las nuestras. Y le dió al mozo un trapo de holancillo que portaba en el sombrero, entre el eslabón, la yesca y los cigarros *macuchés*.

Luego, y mientras yo, cubierto con mi capa, me mantenía en mi caballo, más enhiesto que Santiago, cada una de aquellas honradas personas fué pasando y besuqueándome la mano, que yo tendía con ademán regio.

Tras esta y otras peripecias llegamos á Guadalajara, que yo aguardaba estuviera fortificada y con cariz de alarma; pero que no tenía sino su ordinario aspecto.

En la misma casa de doña Mencia, esquina de San Felipe y las Capuchinas, dí con mi cuerpo tras los cinco días de peregrinación. Me encontré en su sitio las camas, el banderín que anunciaba chocolate superior, el mamarracho de don Rómulo y el padre Esteban.

Fuí recibido en palmitas, y tan pronto como me hube quitado el polvo y el lodo y puéstome los trapos de cristianar, salí en busca del general don Juan Suárez y Navarro, mi única esperanza.

Era don Juan alto, blanco, nervioso, de edad entre cuarenta y cincuenta años y de aspecto determinado y tremendo.

Leyó y releyó la carta de Fray Martín, y cuando hubo concluído me dijo:

— Mi amigo, el padre Fray Martín Luna, me recomienda á usted muy especialmente como mozo instruído, inteligente y discreto; y me explica que debido á dificultades pecuniarias se ve obligado á servir; por lo cual, y creyendo le convenga entrar á una oficina del gobierno, me encarga le agencie una colocación. Yo no tengo influencia ninguna y aun creo que mi mediación sería nociva; pero veré de buscar para usted alguna cosa, teniendo en cuenta sus méritos y la intervención de mi amigo Luna. Dése una vueltecita por acá dentro de unos días, y si hablando al señor Obispo ó á otro amigo llego á lograr algo, tendré gusto en proporcionárselo.

A los tres ó cuatro días me llegué á ver al señor Suárez que vivía en la casa de don Francisco Martínez Negrete, y desde que me recibió conocí que aquello medraba, pues sin más preámbulo me dijo:

— El señor Aranda no tiene nada, ni me parece que le

conviniera á usted el eternizarse como covachuelo en la clavería, en la haceduría ó en otra oficina clerical. Yo me comprometo á buscarle á usted algo mejor y mientras tanto se queda conmigo como mi escribiente. ¿Qué tal anda usted en materia de letra y ortografía?

Le contesté que aunque mis facultades no eran muchas, algo se me alcanzaba; y habiendo tomado un pedazo de papel escribí un

Sr. D.

JUAN SUÁREZ Y NAVARRO.

GUADALAJARA,

que mereció los elogios de mi patrón.

— Bien, bien, me dijo, hay buena letra, y hay, por lo que puede juzgarse de la lectura de esas pocas palabras, mediana ortografía. Ya enmendaremos lo que haya de enmendarse y procuraremos que se adelante un poco. Por de pronto, tiene usted quince duros mensuales de sueldo, á reserva de que haya algo más andando el tiempo.

Contento me sentí como si en vez de tan exigua suma me hubiera señalado el generoso militar quince millones,

pues con aquello me bastaba para vivir, pagar mi hospedaje y no ser gravoso á mi familia.

Los primeros días copié una larga exposición acerca de los males del país, que ocupaba más de treinta pliegos escritos por las dos caras. ¡Vaya si había qué decir sobre tan fecundo tópico y si era maestro en tratarlo el hombre que había exclamado en pleno Congreso nacional: «este es el país de las anomalías, y no es de ellas la menor el verme en este sitio!»

En seguida me dió, para coleccionarla, una larguísima serie de cartas cifradas en que sólo se podían leer las firmas. *Santiago Aval, Adrián B. de Calo, El Amigo de Santa Clara*, y no sé cuántos nombres más.

En ninguna se entendía media palabra, pues por un «nuestro amigo», «paso á verlo», «le escribí» ó cualquier otra frase sin sentido, había muchos signos ortográficos, números, abreviaturas y hasta muñecos en posturas extravagantes.

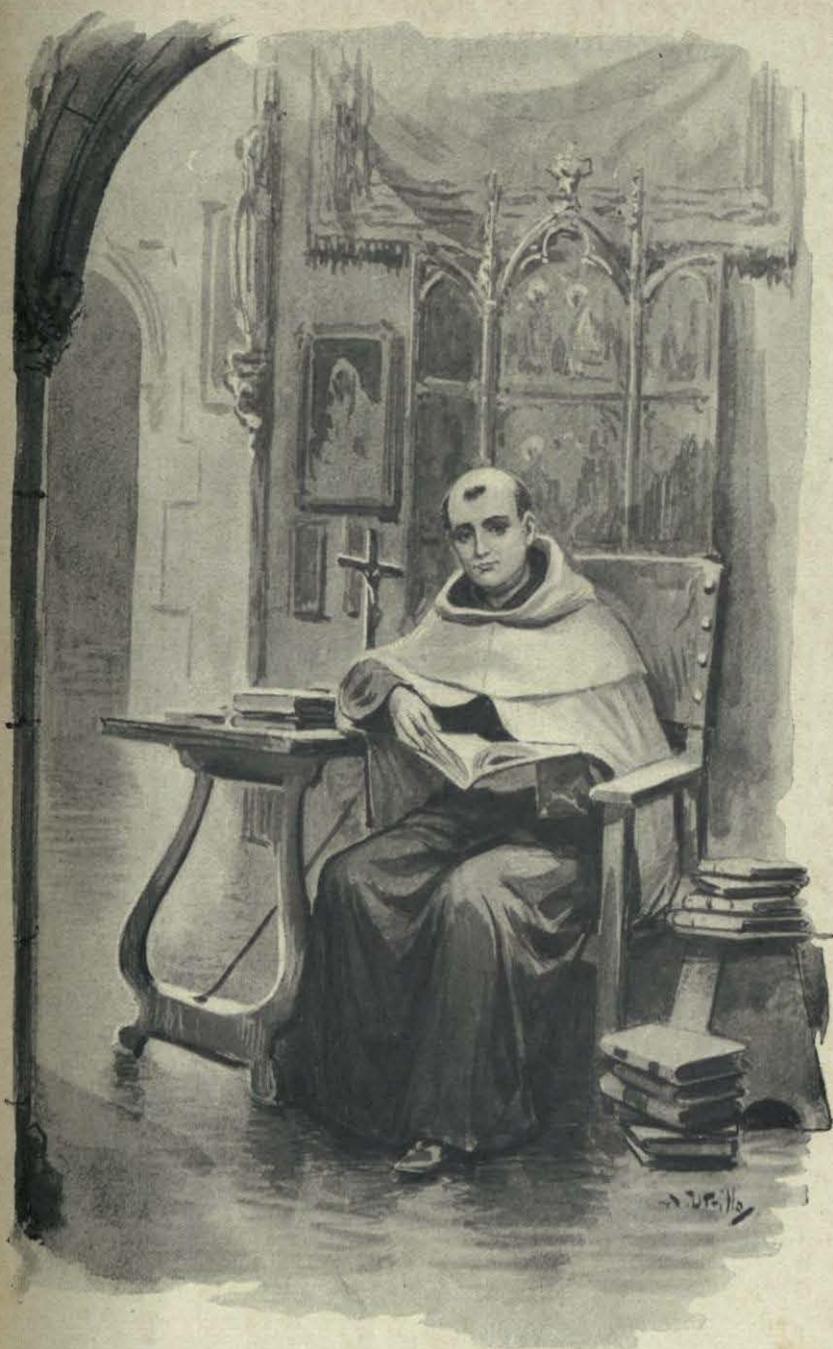
Los ratos que me dejaba libre mi obligación, que eran los más del día, los pasaba junto con los muchachos de mi edad. José María Vigil, los Camarenas, Jerónimo Gómez, Romero, Miguel Cruz Aedo, Pablo Villaseñor y otros muchos, todos poetas, decidores, alegres y de buen humor. Unos estudiaban leyes, otros se preparaban para el doctorado en medicina, y otros, los más, no eran sino aficionados á los buenos versos y á las ideas nuevas. Tenían esta-

blecida una sociedad que llamaban «Esperanza», y un periódico de literatura en que publicaban las más lindas piezas de prosa y los versos más exquisitos que haya saboreado en mi vida. Allí salieron á luz mis primeros ensayos, que eran, como es claro, en verso; como es claro, románticos; y como es más claro todavía, vitandos y detestables.

En compañía de aquellos buenos muchachos, que del periodismo literario habían de pasar al político, de éste á las vías de hecho, y de las vías de hecho á tomar las armas y quizás á la emigración ó á los primeros grados del ejército; pero que entonces no eran sino soñadores simpáticos y graciosos, lo que hoy se ha dado en llamar bohemios, empecé á leer libros de política; Rousseau, que era nuestro ídolo, el abate Mably, y, sobre todo, Montesquieu, nos daban lima para largas disertaciones en que haciendo gala de ese furor iconoclasta que es propio de la juventud, sentíamos el placer de derrocar á los autores medievales, que todavía se delectaban en el seminario considerándoseles como fortalezas inatacables contra las cuales nadie era osado atentar.

Los más de los días ocurríamos á la celda del padre Nájera, prior del Carmen y el hombre que con mayores aptitudes de maestro haya conocido en mi vida.

Era Fray Manuel de S. Juan Crisóstomo Nájera, como se le llamaba oficialmente, alto, de tez blanca, gordo sin



Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera

llegar á obeso, de fisonomía nobilísima y distinguida como ninguna.

Ya la historia lo ha traído en lenguas, y parece excusado pregonar aquí méritos suyos. Baste decir que su erudición en ciencias sagradas y profanas, era portentosa; que conocía, como nadie los conocía de seguro en el país, los idiomas sabios, los indígenas y los orientales; y sobre todo, que su competencia en asuntos de arte no tenía entonces, ni tiene ahora, ni tendrá en muchos años competidor posible.

Lo mismo leía, admiraba y comentaba una tragedia de Sófocles que una comedia de Plauto, que un poema de Byron. Lo mismo pronunciaba, con aquel su estilo atildadísimo, una oración acerca de los sistemas filosóficos, que un discurso para celebrar un fausto acontecimiento político.

En su celda encontraban labor y asunto los pintores, á quienes hizo ejecutar una serie de retratos de hombres célebres con inscripciones apropiadas, parto del ingenio del buen prelado; tarea los músicos, á quienes daba á conocer y hacía ejecutar los más grandes primores que producían los genios de entonces; modelo los escultores, á quienes mostraba las fidelísimas reproducciones que guardaba de las mayores obras de arte de los museos de Europa, y auxilio, consejo, protección y estímulo los arquitectos, los poetas y los simples estudiosos.

El convento del Carmen era al mismo tiempo una pinacoteca, un museo, una biblioteca, una colección de monumentos y una casa de oración. Desde la entrada ostentaba, escritas en las paredes, sentencias de los clásicos, máximas de buen vivir, nobles y atractivas enseñanzas; algo más se avanzaba y se iban descubriendo tesoros que en todos los conventos podían haberse adquirido, pero que en todos faltaban porque no se contaba con el gusto exquisito, el hermoso desinterés y la noble iniciativa de Nájera, que no se curaba de aumentar las rentas, ni de adquirir más inmuebles, ni de poseer más ganados, y á quien más importaban una edición rara ó un cuadro de mérito, que una casa ó un saco de dinero.

A nosotros nos recibía con exquisita amabilidad, y no sólo corregía nuestros ensayos, nos daba consejos fructuosísimos y nos deleitaba con su conversación, sino que nos enseñaba la sociabilidad, la buena crianza y la grande y noble tolerancia, que eran la base de su carácter.

Entre las bromas de mis amigos y las doctrinas de mi maestro, me la iba pasando tan ricamente con los quince pesos, que desde el primer mes me entregó el señor Suárez.

Noticias más llegaban al pueblo por conducto de una de mis hermanas, que tomó á pecho el favorecer mis amores. De cuando en cuando recibía por conducto del ordinario una cartita con cuatro patas de mosca, que me

hacían cerciorarme de que todavía se pensaba en mí y que se me ofrecía no olvidarme nunca.

En la casa de huéspedes nadie sabía cómo vivía yo en Guadalajara. Como mis mensualidades por pupilaje se habían cubierto anteriormente hasta por adelantado, todos me creían un caballero pudiente que había *destripado* de sus estudios para vivir á sus anchas.

Doña Mencia, que me había demostrado siempre grandísimo cariño, estaba entonces, si cabe, más solícita y amable conmigo. Para mí eran el mejor pan del desayuno y el *hormiguillo* más caliente, la carne más suave y los frijoles mejor refritos.

Casi no pasaba día sin que, con uno ú otro pretexto, se introdujera á mi cuarto, brillantes los ojos, avivado el arbol de las mejillas, limpio el túnico de grano de oro, y mientras yo me entretenía escribiendo las ordinarias jeremiadas poéticas, ella llegaba á darme música durante un rato.

— No se moleste, me decía, que vengo nada más que un momento á ver si le hace falta algo y á descansar un poco de las impertinencias de las criadas. ¡Jesús, qué gentes; si con ninguna se puede contar: la que no es ladrona es inútil, y la que algo sabe es amante de los hombres! Hay que estar sobre ellas siempre, porque sino, todo lo echan á perder. Y usted, ¿qué se hace? Siempre escribiéndole á la novia, siempre llenando pliegos de papel con versitos á

sus ojos, á su cabello, á su cuello, á sus pies, á sus manos, á su cintura, á toda ella. ¡Quién fuera joven para oír algo así! Y el matrimonio ¿es pronto? Vaya que se lleva esa niña un buen mozo y un muchacho excelente. No se *enanche* ni se *tome la mano*; pero lo cierto es que hay pocos como usted.

Y cuando yo la bromeaba, contándole la manera con que el solemne don Rómulo debía pedir su mano, me respondía risueña:

— Je, je, qué gracioso; ¿conque don Rómulo? Debe saber usted que aunque vieja, pues acabo de cumplir los treinta y tres, no estoy tan dejada de la mano de Dios para tomar á ese vejestorio que apenas puede con los pantalones.

— Pero, mi señora doña Mencia, le decía yo imitando el tono campanudo y el hablar de la boca sin dientes del vejete; ¿acaso junto de la barbacana no vive la mujer honrada? Cierto que mi edad es grande; pero en cambio la de usted está también algo distante de la de Cristo, que confiesa. Ameme, que el amor es lo que hace felices á los nacidos.

— Cállese usted, mamarracho, me decía la patrona; cállese usted y levántese del suelo, que va á poner perdido ese precioso pantalón flor de romero con cabezas de caballos que estrenó hace poco.

Y dándome un cariñoso pescozoncito, se alejaba de la pieza diciéndome:

— Allí le dejo á usted con sus papelotes; siga escribiendo tonterías, que al fin para eso está desocupado.

El día de la Natividad de la Virgen, mis amigos y yo habíamos ido á Zapopan, pueblo á dos leguas cortas de Guadalajara.

La verbena popular consistía en danzas de moros y cristianos, y visita al santuario de la Virgen-generala, que



desde el mes de Junio estaba en Guadalajara, quedando sólo la *Pelegrina*, un facsímile de la verdadera imagen, en el nicho y camarín del templo.

Salimos de la ciudad en carretas de bueyes, como si fuéramos encantados, comimos guajolote en *pipián*, plato titular del día, y regresamos por la noche, á la luz de la luna, cantando las canciones que estaban en boga: *La bella Anita*, *El Recuerdo*, *Los esponsales* y *La ilusión*.

Recostados en el fondo de la carreta, soñolientos y cansados, oíamos el rasguear de la guitarra que preludiaba una *menor*; una voz se alzaba como temerosa, diciendo aquellas tonadas plañideras y hondas de que teníamos abundantísima colección, como que la habíamos formado nosotros mismos, componiendo letra y música. Acabábamos de entrar á la ciudad, y nuestra carreta daba tumbos en el empedrado; á poco fueron bajando los que vivían por cada rumbo.

Al llegar yo á mi casa, la puerta se abrió como si mis pasos hubieran sido una señal, y en medio de la obscuridad sentí que alguien me decía al oído: «Escápese, escápese, porque hoy les vienen á prender. Lo he sabido en casa de Dávila. Usted y ese señor de quien tanto habla, van á ser llevados á la cárcel.»

Me quedé horrorizado, porque la noticia, en verdad, no era tranquilizadora. Lo primero que se me vino á las mientes fué la pregunta de Don Quijote: «¿estamos seguros?»; pero no tardó el ama de la casa en darme santo y seña del asunto. Se aprehendería á Suárez Navarro, y á mí se me desterraría por orden llegada de México, pues Dávila había recibido ya instrucciones para ello.

Sin aguardar á darme cuenta exacta de aquellas singulares ocurrencias, me planté en la casa de Navarro, que me recibió con la sorpresa que era razón.

Oyó mi revelación como nervioso; le temblaba la

piocha castaña y se acomodaba maquinalmente los anteojos de varillaje de oro y la luenga cabellera, llena aquí y allá de prematura salpimienta.

— Hace tiempo, me dijo, que barruntaba la doblez de Dávila; pero nunca pensé que él, que se proclama un intransigente, un incorruptible, un mártir de su causa, hubiera entrado en arreglitos y componendas con los moderados de México, á condición de conservar la breva del empleo. Y usted, ¿cómo ha sabido esto, ó qué antecedentes tenía del asunto?

Le referí que una persona que tenía metimiento en la casa del Gobernador, conocía aquellas cosas y me las había comunicado.

— Acaba usted de darme, me dijo, una prueba de adhesión que yo no puedo premiar sino con mi confianza. Desde hoy lo nombro mi Secretario íntimo, á reserva de que alcance usted algo más que convenga á sus méritos y á su lealtad.

Al día siguiente escribimos á Dávila una carta, en que á vuelta de reprocharle que no quisiera seguir trabajando con nosotros, le afeábamos su determinación de aprehendernos.

El mismo día conocí de cerca á un sujeto á quien apenas había divisado en los días anteriores. Era de cuerpo regular, blanco, de hermosos ojos azules, sin pelo de barba á causa de que se la afeitaba continuamente,

y con un aspecto de civilidad y cortesanía que acababan por domesticar hasta al más rehacio.

Era don José Palomar, uno de los más ricos comerciantes de la plaza y hombre metido hasta el cuello en el ajo de la política del tiempo, pues adoraba frenéticamente al General Santa Anna.

No recuerdo si ese día ó el siguiente llegó también el señor Obispo, don Diego Aranda, bajito, cortesano, mimoso, de gran nariz, modestamente cubierto con su sotana morada, tocado con un sombrero de teja de pelo de castor, y llevando en la mano un bastón de puño de oro.

Besé devotamente el anillo pastoral de Su Ilustrísima, le introduje hasta el aposento de mi principal, cerré la puerta con cuidado y me dediqué á poner en orden algunos papeles, cuando á poco, colocándose don Juan en la puerta de su cuarto, me dijo:

— Pérez, traiga usted las últimas cartas de don Lorenzo Carrera, del Padre don Francisco Javier Miranda y de don Octaviano Muñoz Ledo.

Hice lo que me mandaban, y al poner los diez ó doce plieguitos de papel de «correspondencia particular» en manos de mi principal, éste me dijo:

— Siéntese usted y escriba lo que voy á dictarle, poniendo margen ancho y dejando entre artículo y artículo un espacio de tres ó cuatro líneas.

Me senté junto á una mesa en que había recado de es-

cribir, y teniendo frente por frente el retrato de un General rasurado á la moda del tiempo, guapetón, con aire teatral y ojillos bulliciosos y saltarines. Tenía la levita verde que consultaban los diputados para saber en qué sentido debían votar, el pantalón blanco unido á la robusta pierna, ceñida á la cintura la banda de General y prendidas al pecho hasta dos docenas de condecoraciones nacionales y extranjeras: era el retrato del señor Santa Anna, del hombre cuya historia, como había dicho mi amo con justicia, resumía y abarcaba la historia de México en los últimos treinta años.

Don Juan puso la mano derecha sobre la mesa, sobre la derecha la izquierda y sobre ésta recargó la barba, empezando á dictarme un largo manifiesto que debía firmar la guarnición. Se hablaba en el exordio de las atrocidades de Arista, de la necesidad de arreglar las cosas de manera que no continuara el supuesto desbarajuste administrativo, y se concluía proclamando la destitución del Presidente, el sostenimiento de la constitución federal, el desconocimiento de los poderes que no hubieran merecido la confianza pública y el llamamiento del benemérito General don Antonio López de Santa Anna.

Con muestras de regocijo se promulgó este plan, y Dávila, juguete de mi patrono, descendió del poder, entregándolo al General Yáñez.

Por entonces trabé conocimiento con la coruscante

persona del Licenciado don Lázaro de Jesús Gallardo, caballero muy repolludo y famoso que daba en Guadalajara la ley por sus elegancias.

Visitaba á Suárez con grandísima frecuencia, y de una de aquellas entrevistas resultó la expedición que en compañía del abogado emprendí.

Ya él me conocía por haberme visto plumeando á todas horas, y por cierto que me saludaba siempre por mi nombre en diminutivo; pero la noche que Suárez me mandó llamar á mi casa, que fué la del veintisiete de Septiembre, manifestó mucho placer de que fuera yo quien marchara en su compañía al arreglo de algunos asuntos de alta política.

Al día siguiente, previa la formación de mi hatillo, salimos de Guadalajara en la diligencia ordinaria; el treinta y uno llegamos á Lagos, el primero pernoctamos en León, y ese día don Lázaro empezó sus trabajos dictándome largas cartas para Mosso, Suárez, Palomar y otros personajes.

Su objeto era conquistar á Uraga haciendo que abandonara las banderas del Gobierno y se pusiera de parte de los pronunciados.

Uraga, á quien no tuve entonces oportunidad de ver tan de cerca como años después, me pareció un oficial guapo, instruído, y de ambiciones grandísimas, pero de ninguna solidez. Distaba mucho de los *macheteros* ignoran-

tes que después aparecieron; pero distaba mucho también del ideal del soldado brillante, ordenancista y *grand armée* que él quería representar.

Entonces todavía guardaba todos sus miembros, y no adquiría aún el aspecto de mariscal de Francia que tuvo años después, con su pierna de palo y su barba blanca en punta, mas ya tenía los pujos de singularizarse que tuvo siempre, entre otros no quitarse el traje militar y las grandes charretas con canelones ni siquiera para dormir.



GENERAL DON JOSÉ LÓPEZ URAGA

Uraga comulgaba con los nuestros en su odio á Arista; pero como aquel recluta que hacía la lista de sus enemigos y empezaba diciendo: «el primero mi Coronel, sea quien fuere», él consideraba también detestables á todos los candidatos á la presidencia.

Si se le hablaba de Arista, le hacía ascos como si le ofrecieran aeĩbar y rejalgar. ¡Jesús, un bellaco, un concusionario, un inmoral! Vaya que lo de doña Melchora, y lo de la hermana de doña Melchora, era asqueroso! Razón tenía Zarco, razón tenían «Las Cosquillas». ¡Había que retirar muy lejos á ese hombre!

Si por acaso se le presentaba un civil, exclamaba que no quería ni licenciadillos ambiciosos, ni agiotistas ladrones, ni políticos enredadores, ni oradores de tres por un cuarto.

Si se le hablaba de Santa Anna, torcía el gesto, y aunque no se atrevía á llevar directamente la contraria á mi don Lázaro, decía que el ilustre vencedor de Tampico y Veracruz tenía lugar aparte, que había de concederle que viniera á su patria á morir tranquilo, pues no tenía perdón que comiera el pan del ostracismo aquel varón insigne; pero que antes era menester un gobierno fuerte y estable, que garantizara á ese hombre contra todos sus enemigos, que los tenía y muy temerosos.

Instaba don Lázaro, se defendía Uruga, y concluían por no entenderse, pues si en principio le agradaba al General aquel movimiento, no le gustaba se mencionara al ilustre vencedor, etc., etc....

Las conferencias duraron varios días, teniendo yo oportuno conocimiento de todo por mi patrono accidental, que escribía diariamente enormes cartas, valiéndose de la

elegantísima bastarda española que había enseñado á este pecador el insigne maestro Ruiz.

Por fin no se llegó á ningún arreglo. Don Lázaro, que creía todos los días coger aquella anguila que se le escurría de entre las manos, acabó por desesperarse, y más cuando recibió de Guadalajara una carta enigmática en que se le decía que no llegara á ningún arreglo, pues las cosas habían cambiado radicalmente.

A principios de Noviembre volvimos á nuestras casas.

La noche que dormimos en Tlaxochimaco, pedí licencia á mi amo improvisado para saludar á mi familia, á quien apenas había dado un abrazo cuando pasé.

Concedióme gustoso la venia que solicitaba; pero tan pronto como avisé á mi padre que don Lázaro quedaba en el mesón de *Nuestro amo*, por él se fué en derechura, comprometiendo con sus instancias al buen señor para que participara de nuestra pobreza, haciendo penitencia á nuestro lado y ocupando una de nuestras modestas camas. Don Lázaro aceptó contento y yo se lo agradecí, tanto más cuanto que por hacernos merced y buena obra, rechazó, según supe, la hospitalidad del mayorazgo mi padrino, que con todas veras ocurrió á convidarlo y á poner la casa á su disposición.

Apenas se hubo rezado el *benedicete* concluída la cena, y apenas habíamos dado gracias á Dios y agua á las manos, tomé el camino de la calle del Puente de Palo,

hacia la cual caía uno de los costados de la casa del mayorazgo. Trini, que sabía mi presencia en el pueblo por la noticia que le había dado mi hermana Toribia, debía salir á las nueve en punto á la altísima ventana con poyo de piedra, reja gruesa de hierro y mascarones esculpidos, de una troje entonces desocupada de grano.

Aguardaba reclinado en un arbolillo cacoquimio, envuelto en mi pañosa, cuando me puso alerta un silbido, luego oí otros dos que se correspondían y al fin vi aparecer á un hombre alto, fornido, bien hecho, vistiendo traje charro y con el jarano echado hasta los ojos. Lo seguían hasta tres caporales que como signo de su ejercicio llevaban en la mano reatas que presumo serían de siete hilos y de Chavinda por su grosor.

— Aquí está, amo, dijo uno de ellos. ¿Lo amarramos pa que no se ande rodeando?

— Déjalo, Cristóbal, replicó otro, que quizás la ardilla que busca no esté en esta cerca.

— Si por la pinta lo conozco, Agapito; es el buenecito hijo de señor don Andrés, el escribano.

— *Pos* entonces á echarle garra, exclamó el tercero.

Pero el que hacía de jefe de aquellos hombres avanzó hasta mí, y tratando de quitarme el embozo, me dijo secamente:

— Dí quién eres y qué buscas aquí, ó tendrás que habértelas con nosotros.

Me di el jondeón para atrás y desembozándome le dije:

— Quien soy, tú bien lo sabes, puesto que vienes con tu *cuadrilla* tras de mí; pero lo que busque, á ti no te interesa, Buenaventura Ortiz, á quien no temo porque conozco desde hace tantos años. Si venías á meterme miedo con tu gente, despáchala, pues ya ves que no me intimida; si traías otra cosa, dímela, que hombres somos los dos para bebernos el alma sin necesidad de testigos.

— Así me gusta verte, Juan Pérez, respondió el mancebo, y ya que te figuras á qué vengo, sácate para lo solo, que allí nos explicaremos.

Y diciendo y haciendo nos encaminamos para un callejón lóbrego en que no se veían vestigios de persona nacida.

— ¿De manera, me dijo furioso cuando empezamos á hablar, que tú no escarmientas y todavía te andas rodeando por aquí como si tuvieras algún pendiente? Si crees que porfiando acabarás por matar venado, te equivocas: Trini no te quiere ni te ha querido nunca, y estás perdiendo tu tiempo cortejándola. Sábeta que yo soy el novio que la destinan en su casa, y que si la boda no se ha hecho, es sólo por la enfermedad de mi señor padre.

— El uso que yo haga de mi tiempo, le repliqué en el mismo tono, debe tenerte sin cuidado. En cuanto á que á ti te prefieran los padres, eso podrá servirte para cuando trates de casarte con don Crescencio ó con doña María

Antonia; yo, que no quiero nada con nadie sino con la muchacha, con ella me entiendo, y bien sé si me quiere ó me aborrece.

— ¡Con qué poco respeto hablas ahora de esos generosos señores! exclamó Buenaventura. Mientras te estuvieron matando el hambre, *tinguili línquili*; ahora que te echaron de su casa como á un perro ladrón, los ves con desprecio y hasta haces burlita de ellos.

— Creo, contesté, que no hemos venido aquí para saber si mi gratitud es poca ó mucha, pues no te reconozco títulos ni poderes para echarme en cara mis faltas. Acaba, que tengo que hacer pendiente á las nueve.

— ¡Qué desvergonzado eres! repuso. Todavía te las echarás de que Trini te hace caso y habla contigo. Mientes tan descaradamente, que si llegara á convencerme de que ella te correspondía, le daba de mano desde luego, y te concedía la razón.

— Pues en ti está hacer la prueba, le dije.

Y sin hablar palabra nos encaminamos hasta la ventana. Buenaventura permanecía á distancia, metido dentro del marco de una puerta; yo á la orilla de la banqueta rudimentaria, los dos callados y fumando sendos cigarros, de los cuales apenas se distinguía en la obscuridad el clavo enrojecido.

Pasado un corto rato chirriaron los goznes enmohecidos, se abrió la madera, y vi aparecer á Trini que me dijo:

— Un momentito nada más, porque ya saben mis padrecitos que estás aquí, y me cuidan. Donde te descubrieran, hasta el convento de Santa Mónica iba á dar, y entonces...

— Entonces, contesté, te robaría á media noche, saltaría las tapias y te llevaría en un robusto alazán hasta donde no hubiera papás regañones, ni mamás celosas, ni parientes chismosos.

— Pero dime, Juanillo, por Dios, ¿cuándo sentarás cabeza y dejarás de decir tonterías? ¿Qué robar ni qué niño muerto! Si algún mérito alcanzamos habrá de ser el de la paciencia; si hacemos lo que queremos, ha de ser por los caminos regulares y ordinarios. ¿Qué hablas allí de alazanes, ni de saltar tapias, ni de violar conventos? Suponiendo que las autoridades te dejaran hacer todas esas cosas, que te colocarían en el número de los *descomulgados*, yo no te seguiría, ni huiría contigo, ni estaría de tu parte. A la hora que te viera haciendo esas atrocidades, te mandaría á paseo para no volver á acordarme de ti.

— Perdóname, le dije, esa exaltación mía; pero me desesperan tanto estas cosas, que quisiera acabar con ellas en un momento.

— Pues no hay que acabar con nada, porque todo lo que es injusto, malo ó sin razón, se cae solito, sin que uno tenga que poner más que resistencia pasiva. Acuérdate de lo que dice el Kempis que vale la paciencia.

— Entonces no acaba eso nunca ó no hay trazas de que acabe. Para de aquí á que mi padrino se convenza de que nosotros tenemos razón, ha de llover un poco.

— Y los caminos ocultos del Señor ¿no los tomas en cuenta? Ó el Sagrado Corazón le ablanda el suyo, pues se lo he pedido de todas veras, ó tú llegarás á valer mucho, ó vendrá cualquier cosa que nosotros ni esperamos.

— ¿Sabes que quisiera verte?, le dije: oír tu voz me encanta, pero también quisiera ver tu carita, y tus ojitos, y tu boca linda. ¿Sabes que me asaltaron los mozos de Buenaventura, el de don Pánfilo, Ortiz, y que el ricacho no quería creer que yo hablaba contigo?

— No me lo digas, que ya me tiene hasta aquí de tanto molerme. La pobre de mi mamacita lo hace por mi bien; pero me da unas jaquecas que ni te cuente. Se le ha puesto como sombrero que debo casarme con Venturita; y no hay día ni noche que no me salga con la obediencia á los padres, y el amor á los padres, y el respeto á los padres, contándome cien mil ejemplos que toma de *La familia regulada* ó de *Los gritos del infierno*.

— ¿Y tú qué le respondes?

— Nada; la oigo, pero me quedo callada como difunta. Ni le falto al respeto discutiendo con ella, ni quebranto tampoco mis propósitos otorgando á lo que ella me dice.

Algo más hablamos, convinimos en detalles acerca de

la manera de escribirnos y nos despedimos hasta que la suerte quisiera volvernos á juntar.

Ya me había olvidado del rival; pero él se encargó de recordarme su presencia tosiendo cuando yo me separaba de la reja. Estaba el hombre como volado, como ebrio, como loco. Se me aproximó andando á grandes pasos, y me dijo con voz ronca:

— No me habías engañado y te felicito por eso; la chica vale la pena: como guapa es guapa, y además tiene su dinerito. Conque, buena suerte. Y sin esperar á que le contestara, echó á andar. De repente se volvió como arrepentido:

— Has sido más dichoso que yo, según parece; pero debes creer que no te durará mucho el gusto. Yo he de acabar por salirme con la mía, quiéraslo ó no. Hoy me ganaste, hoy me humillaste; pero quién sabe si más tarde tú seas el triste y el desairado. Puedes creerme que estas cosas no te las perdono ni después de este destierro... Y ahora, vete, porque mis vaqueros pueden salir y darte una *zacateada* como para ti solo.

Dejé caminar á aquel furioso, de cuyas palabras no hice caso. Cuando sentía gorjear ruiseñores en el alma, no era cosa de llenarla de alimañas que me la envenenaran. Y luego, que tenía razón Ventura: en su pellejo, quizás habría hecho y dicho peores atrocidades y anunciado catástrofes mayores.



Me marché pasito á paso para mi casa, y al día siguiente salimos por la diligencia.

A principios de Noviembre, que nos apeamos en nuestras casas, nos encontramos con una gran novedad. Reunidos algunos capitulares, unos cuantos comerciantes y otras personas de arraigo, de las que Santa Anna solicitaba con tanto ahinco,

habían resellado en el Hospicio el plan que mis pecadoras manos habían escrito, á fin de dejarlo presentable y no como emanación de los caletres de unos cuantos pretorianos caprichosos y serviles.

Don Juan no comía ni dormía; su correspondencia era siempre más activa, ocupándose aquí de comprar á un jefe, más allá de sobornar á un regimiento, en esotra parte de dejar propicio á un general, ó de contentar á un obispo ó á un capitalista.

Mucho dinero corrió entonces proporcionado por quien yo me sé, pero poco se avanzaba en realidad. Los mili-

tronches aquellos, sucesores dignísimos de los bribones que habían desempeñado tan feo papel en tiempo de la invasión americana, se rehusaban á hacer nada que no fuera *veredato*, y cuando habían cogido los monises se cuidaban muy bien de pronunciarse claramente; no eran ellos seguramente quienes habían de correr el más mínimo riesgo, sin saber que á la vuelta estaba quien los recompensara.

Don Antonio Haro regó mucha plata entre los jefes; pero si te vi no me acuerdo: la cogían, la embolsaban y *pax Christi*. Bribón de aquellos hubo que se pronunciara tres ó cuatro veces con su gente, sin perjuicio de despronunciarse sin ella otras tantas.

Por casa andaban las cosas á pedir de boca; desde el 13 de Octubre, el General Yáñez había llamado á mi dueño á servir la Secretaría del Gobierno, y por consecuencia no estaban muy distantes en cumplirse mis sueños de engrandecimiento.

Una covachuela, un puestecillo de escribiente, quizás de oficial, me venían de perilla, y ya me preparaba á pedirlos cuando supe que mi reino no era de ese mundo, es decir, que continuaba Suárez en su eterno papel de conspirador y yo en el de auxiliar y confidente.

Volvió, pues, lo de trabajar hasta las tantas de la noche, esperar horas y horas la salida de este ó aquel personaje, marchar por calles y plazas siguiendo el bulto

entrevisto al salir de una alcaicería, y otras tareas así. En cambio aumentó mi soldada, pues de quince pesos subió á cincuenta, que se me pagaban con cargo á no sé qué partida de no sé qué presupuesto.



CAPITULO VIII.

Armas y letras, batallas y diplomacia

PERO nuestro placer no era completo: desde hacía dos meses teníamos en el Puente de San Antonio, á seis ó siete leguas de la capital, una división de las tres armas que el gobierno mandaba para combatir la plaza.

Un día y otro día se anunciaba que iba á tomar el mando Miñón, que exprofeso venía desde Tehuantepec; pero ni Miñón llegaba, ni el ataque se emprendía, ni el aspecto bélico que Guadalajara había revestido desaparecía un punto. Por donde quiera fosos, fortines de madera, calles interrumpidas y retenes y soldados con aspecto de perdonavidas.

Por fin, el 24 de Diciembre se avistaron exploradores,